



---

## RECENSIONES

---

Antonio RIVERA, *20 de diciembre de 1973. El día en que ETA puso en jaque al régimen franquista*, Madrid, Taurus, 2021, 229 páginas, por Fernando del Rey Reguillo (Departamento de Historia, Teorías y Geografía Política, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid), [freiregu@cps.ucm.es](mailto:freiregu@cps.ucm.es)

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2022.6501>

---

La persistencia del franquismo tuvo desarrollos y consecuencias de los más dispares. Uno de los impactos más señalados fue la brecha cultural que se abrió entre nuestro país y las democracias de la Europa occidental. Entre otros muchos extremos, eso comportó que los ciudadanos españoles tardaran más tiempo que sus vecinos en interiorizar las virtudes del pluralismo político y los valores democrático-liberales inherentes al mismo. Qué tendrían en la cabeza Eva Forest y Alfonso Sastre cuando a principios de los años setenta, alejados del PCE — a cuyo comité central había pertenecido el segundo— y de su apuesta por la reconciliación nacional, decidieron colaborar con ETA bajo la consideración de que el recurso a la violencia era legítimo. Qué suerte de creencias informaban sus mentes para estimar que esa organización nacional-revolucionaria vasca era la quintaesencia de la oposición progresista a la dictadura. Y qué llevó, por su parte, al padre Llanos, el jesuita al que durante la guerra civil le mataron dos hermanos y que en 1943 dirigió los ejercicios espirituales de Franco, a hacer de intermediario entre aquellos disidentes comunistas y los jóvenes vascos que optaron por el terrorismo.

El libro escrito por Antonio Rivera sobre el asesinato de Luis Carrero Blanco, la “eminencia gris del régimen”, constituye una obra apasionante que lleva a plantearse esos y muchos otros interrogantes sobre un período clave de la historia reciente de España, el de los estertores de aquel régimen y del hombre con el que se confunde su nombre. Es este un libro que nos sumerge con inteligencia en las complejidades de la coyuntura y, en particular, del nacionalismo vasco radical del que surgió el monstruo totalitario que durante más de cuatro décadas puso en jaque a la democracia española nacida de ese proceso.

El sorprendente éxito de la *Operación Ogro* confirió a ETA un prestigio entre los opositores del régimen, dentro y fuera de nuestras fronteras, que le llevó a aparecer por

momentos como la vanguardia por antonomasia del antifranquismo. La tesis principal de este libro, sin embargo, es que tal acción no contribuyó para nada a la llegada de la democracia. Primero, porque no era esa la intención de sus promotores. Y segundo, porque la opción del pacto, la reforma y el consenso era la menos deseable para ETA y su proyecto secesionista. Para lo que sí sirvió el magnicidio —como subraya el autor del libro— fue para fijar la “identidad ontológica” de esa organización: la violencia y el militarismo. Poco importaron a los más intransigentes que se hicieron con las riendas de la organización las sucesivas rupturas internas provocadas por tal deriva y su alejamiento del nacionalismo vasco tradicional del que procedían, ese PNV al que estimaron anquilosado y al amparo de cuyas rancias doctrinas habían crecido. Como se aprecia en estas páginas, en la historia de ETA se sucedieron en realidad varias versiones de la misma. Y lo terrible es constatar cómo al final se impusieron los más cerriles, los que tuvieron claro que combatían más por la “liberación nacional vasca” que contra la dictadura, como a la postre demostró su persistente y sangriento combate contra la democracia española. Poco importó en esa rápida evolución que en los orígenes de la organización muchos militantes —los de perfil más obrerista— hubieran priorizado la lucha antifranquista concitando el aplauso y la solidaridad de la oposición de toda España, que los consideró un grupo más dentro de los suyos.

Uno de los aspectos más increíbles de aquel atentado es que el régimen, una dictadura férrea y cruel que durante tanto tiempo se mantuvo en el poder, se dejara sorprender. Los responsables de la seguridad del Estado y sus redes de contraespionaje no alcanzaron a ver la amenaza que se cernía sobre la segunda autoridad del país y no porque los etarras hicieran gala de una preparación sofisticada. Al contrario, proliferaron las chapuzas y descuidos en la preparación de lo que a priori iba a ser un secuestro. Pero aquellos activistas —miembros de un nuevo contingente procedente de las juventudes del PNV, más nacionalista y menos obrerista que el anterior— tuvieron mucha suerte en la preparación de su acción y en la forja de la infraestructura que la possibilitó. Disfrutaron de tanta fortuna como grande e injustificada era la confianza de la dictadura en su propia fortaleza. La policía no fue capaz de evitar ni presumir siquiera la que se venía encima. Ahora, lo más llamativo es que el segundo de a bordo de la dictadura (que integraba esa curiosa “diarquía” con el dictador) se moviera por Madrid sin apenas escolta (un policía y el chófer), aferrado de forma rutinaria a los mismos horarios y a los mismos recorridos, metódica asistencia a misa de por medio todas las mañanas. Y eso que era un hombre obsesionado por la subversión.

Es el caso que el brutal atentado dejó estupefacto a todo el mundo. A los máximos responsables del régimen en primer lugar, que, hasta el mediodía, varias horas después del crimen, no acertaron a saber que había sido ETA. En el capítulo correspondiente se analiza y cuenta muy bien el pulso que se estableció entre los partidarios de mantener la calma, que al final se impusieron, y los proclives a lanzar como respuesta una represión indiscriminada. Pero estupefacción grande fue también la que produjo al *establishment* y al propio Franco la no condena del atentado por parte del Vaticano. Tal posición no pudo menos que ser interpretada como una “puñalada por la espalda” por un régimen que había surgido de una guerra civil a la que denominaron “cruzada” y que no se privó durante décadas de conceder todos los privilegios y prebendas que la Iglesia demandó. Una actitud de ingratitud de ese calibre sólo se entiende a partir del Concilio Vaticano II y los cambios internos de enorme calado que su impacto produjo entre los católicos españoles: denuncias del clero catalán y vasco contra la dictadura, aproximación por la base entre católicos y la oposición izquierdista, cambios decisivos en la propia jerarquía episcopal con la llegada de Tarancón y su equipo... La imagen de un Franco lloroso y derrumbado durante el funeral de Carrero, a los dos días del atentado, constituyó todo un poema del ambiente que se vivió en aquellas jornadas cruciales. Como también las curiosas manifestaciones de singular anticlericalismo surgidas de los sectores más reaccionarios del régimen, el famoso *Búnker*, que se aprestó a instrumentalizar el asesinato en provecho propio.

Igualmente llamativa es la constatación de que a Carrero no lo quería casi nadie, ni los más inmovilistas porque, aunque él también lo era —un reaccionario de libro, más franquista que el propio Franco—, nunca fue proclive al sector *azul* de la coalición reaccionaria cohesionada en la guerra civil. El fascismo le repateaba. Y fue él, de hecho, el que abrió la puerta a los tecnócratas que impulsaron el desarrollo económico, a la modernización de la administración del Estado y a la candidatura de Juan Carlos para la “instauración” de esa monarquía con la que se pretendía perpetuar los principios del Movimiento Nacional. Pero Carrero no dejó herederos. Su muerte lo único que dejó fue un caos y unas fracturas dentro de la élite del régimen que a la postre fue imposible reconducir.

La estupefacción también se apoderó de las filas de la oposición, por más que muchos brindaran con champán aquel día, pues incluso los más templados se alegraron con su muerte: “Yo estoy más contento que unas pascuas de que se hayan cargado a ese cabrón”, llegó a decir José María Gil Robles, el viejo líder de la CEDA, que en ese momento actuaba como abogado defensor de uno de los implicados en el “Proceso 1001” contra los dirigentes de Comisiones Obreras. Otros, como el lehendakari José María Leizaola, se aprestaron a condenar el uso de la

violencia, aunque el líder del PNV no dejó de considerar siempre “buenos chicos” a los activistas de ETA, a los que nadie creía capaces de haber llegado tan lejos. De hecho, la organización terrorista tuvo que esforzarse en afirmar y dar credibilidad a su autoría, dejando muy claro que la coincidencia con el juicio de la dirección del sindicato había sido puramente casual. Dicho sea de paso, de poco les valió a esos dirigentes, pues las sentencias que les impuso el tribunal fueron muy duras, en una manifiesta búsqueda de la ejemplaridad. No se tuvo para nada en cuenta que esos hombres se hallaban en las antípodas de lo que ETA representaba, y que su apuesta por la movilización ciudadana pacífica nada tenía que ver con el terror.

¿Para que sirvió a la postre el atentado contra Carrero Blanco? Salvo al *Búnker*, a nadie le interesó dentro del régimen. No hubo intención alguna de rescatarlo institucionalmente, ni en ese momento ni en los años siguientes. Mucho menos aún cuando la democracia echó a andar, salvo el muy tardío y estulto intento de Ana Botella en 2014, siendo alcaldesa de Madrid, de incorporar el lugar del atentado a un denominado “itinerario de la libertad” en memoria de las víctimas del terrorismo. Y es que el asesinato de Carrero mostró, sin duda, que la dictadura era más frágil de lo que pensaban sus prebostes. Pero, frente a lo que afirman algunos, incluido algún historiador, el atentado no forma parte de la cronología de la Transición ni de la memoria de nuestra democracia. Esta sólo se inició cuando fracasó definitivamente el gobierno Arias y cuando Torcuato Fernández Miranda y su delfín, Adolfo Suárez, emprendieron el camino de la transformación a fondo del entramado institucional y político franquista. En consecuencia, no cabe reconocer mérito alguno en la acción de ETA. El proceso que condujo a la democracia, que acabó siendo el de la reforma, era el que menos deseaba la organización terrorista. De hecho, ETA sufrió varias escisiones en los años siguientes por parte de aquellos que se resistieron a la deriva militarista y violenta, dispuestos a no dar tregua alguna a una democracia con la que, desde sus parámetros supremacistas sabinianos, para nada se sentían identificados. Algunos dirigentes políticos españoles actuales parecen haberse olvidado de ello cuando se dejan querer y apoyar parlamentariamente por los herederos de tan siniestra mafia.